



¡Agua y letra!

Ha empezado la campaña marroquí en el Congreso y ha empezado con los discursos de dos nietos de generales de los que actuaron en nuestras guerras coloniales de fines del pasado siglo XIX: Estos dos nietos son los señores Solano y Martínez Campos.

Ambos se dedicaron a poner al descubierto las vergüenzas de la desorganización oficial de la campaña; pero ni uno ni otro, con haber dicho cosas tan claras y tan crudas, han podido llegar a la raíz del desastre. Que está en la injusticia de la empresa misma, está en que la campaña — guerra u operación de policía — no es popular ni es nacional. Esa campaña es impopular. Y aunque pueda ser dipástica y financiera no es nacional. Será una campaña que en provecho de unos cuantos negociantes hace el Reino de España, pero no es una campaña en que entre la voluntad nacional. Si es que la hay...

Todo se vuelve ahora censuras agríamente a los oficiales y jefes que dirigieron los combates, cuyo objetivo era llegar a Alhucemas y echar la principal culpa del desastre de Annual a las Juntas de Defensa, que están sirviendo de cabeza de turco. O más bien de pararrayos que desvíe el rayo — ¡que ni le habrá!... — de su dirección justa. Y a nadie, que sepamos, se le ocurre escudriñar el estado de ánimo de los soldados españoles que se dejaron prender en Annual y de los que huyeron. Se parte del supuesto de que la masa, el soldado, el pueblo en armas, es excelente, y que si se le sabe mandar, obedece. Pero obedecerá mejor o peor según tenga más o menos conciencia de la justicia o de la conveniencia de lo que se le mande. Y siempre será difícil llevarle a un pueblo a una guerra impopular, a una guerra de cuya finalidad moral no tiene clara noción.

Que el soldado español es excelente... Como el de todas partes. Todo pueblo pelea con bravura cuando sabe por qué pelea y para qué y lo encuentra justo. Y esto aunque se le engañe. Creemos que al pueblo alemán se le lanzó en 1914 so-

bre Bélgica y Francia con engaño y que peleó engañado. No habría peleado como peleó si no hubiera tenido noción ninguna de la finalidad de la guerra. Y el pueblo español de hoy no tiene noción de la finalidad de la campaña de Marruecos. Ni sirven esas paparruchas del castigo y del honor nacional. Porque el pueblo no ve este honor por ninguna parte.

¿Que el soldado español es valiente? El soldado español, el pueblo en armas, será lo que el pueblo mismo sea. Y el actual pueblo español, nuestro pueblo de hoy, no es valiente, sino cobarde, extremadamente cobarde. El pueblo español de hoy está envilecido, está acobardado, está abyecto. Y no hay razón ninguna de psicología colectiva que exija que no se dejara prender y matar por los moros en Annual y que huyera cuando aquí, en España, en su patria, se deja prender y hasta se deja matar — de hambre o de otro modo — y huye.

Dicen los accionistas de la patriotería financiera y negociante del Reino que las cosas no están ahora como en 1909 y que la conciencia pública ha evolucionado. Y no hay nada de eso. Lo que hay es que se ha llevado a Marruecos a los señoritos de cuota, a los hijos de los que aunque protestando en su interior contra esa campaña y no creyéndola justa, se doblegan por temor a que el fracaso definitivo de la empresa traiga el hundimiento de poderes a los que creen protectores del orden que necesitan para mantener sus privilegios. Es que los padres de esos soldados sienten que están pagando una cuota de seguro. ¿Seguro contra qué? Ni ellos lo saben; pero el terror loco, pánico, irracional, a una revolución honda, les lleva a ello.

No, no es el honor nacional. Es que se les ha hecho creer que el desistimiento de la aventura marroquí es el fracaso del poder que impide que España caiga acaso en el bolcheviquismo. Así se les engaña. Pero no del todo. Y en estas condiciones esa parte de pueblo en armas que está en Africa no puede tener el valor sereno que nace de la conciencia de la finalidad de la causa por la que se pelea.

Y no sirve hablar de patriotismo cuando éste no pasa de ser un sentimiento oscuro y sin osatura conceptual, sin idea clara que lo ilumine. Los instintos son ciegos.

«¡Agua y letra! ¡no alcohol y música!» — se puede decir. Nada de embriagar a la gente y embrujarla con tonadas de charanga, sino agua clara y letra clara. Y a este pueblo español oprimido, explotado, envilecido y acobardado, no se le da letra clara, no se le explica nada. El régimen de clandestinidad en que vivimos no engendra sino un pueblo vil.

Miguel DE UNAMUNO.

